

	Páginas.
En el panteón.....	46
MANUEL M. FLORES.—Bajo las palmas.....	48
MANUEL PEREDO.—Esperanza.....	50
EDUARDO E. ZARATE.—Adoración..	54
FRANCISCO V. LARA.—Quisiera.....	55
A una hoja seca.....	58
ANSELMO ALFARO.—Tres actos.....	60
AGUSTIN F. CUENCA.—Al cumplir 33 años.....	64
IGNACIO I. PEREZ.—Serenata.....	65
LUIS PONCE.—La flor de la roca.....	67
IRENEO PAZ.—Sufrir.....	69
GUILLERMO PRIETO.—A la Madre de Dios.....	71
MANUEL E. RINCON.—Lord Byron..	76
EDUARDO NORIEGA.—Dicha completa.....	78
TIRSO R. CORDOBA.—A la Madre de Dios en el Calvario.....	82
FRANCISCO A. LERDO.—Romance ...	86
JESUS ECHAIZ.—A la Virgen.....	87
MANUEL DE OLAGUIBEL.—Fantasía.	89
JOSE M. OCHOA.—A Dios.....	90
JOSE M. ZAYAS.—Confidencia.....	92

RAFAEL B. ORTEGA
EDITOR.

EL PARNASO MEXICANO

SALVADOR DIAZ MIRON.

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme á la ley.

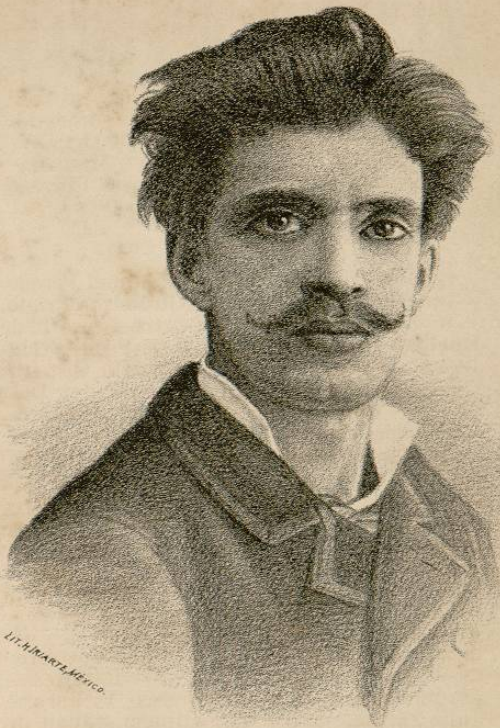
Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrigth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M^a Bandera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José M^a Rodríguez y Cos.—Federico C. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—Enrique de Olavarría y Ferrari.—Joaquin Trejo.—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.—Manuel M^a Romero.—Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Rafael Lopez de Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricardo Cellard.—José M^a Ramirez.—Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B. Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastian Segura.



SALVADOR DIAZ MIRON.

EL
PARNASO MEXICANO

SALVADOR DIAZ MIRON

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12—PRIMERA DE SANTO DOMINGO—12

México 15 de Abril de 1886.

PARAZO MEXICANO

SALVADOR DIAZ MIRON

En venta en la librería de Riva Palacio
en el número 15 de la calle de San Juan
de los Rios, en la ciudad de México.

General D. Vicente Riva Palacio

PRECIOS Y LIBRERÍA

EN LA LIBRERÍA

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN
EN LA CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS

México 15 de Abril de 1888

SALVADOR DIAZ MIRON.

Entre los que actualmente sobresalen en la lírica mexicana, ninguno aparece más simpático que el vate veracruzano, por quien corre ahora nuestra pluma, que á pesar de su celeridad, apenas sí puede seguir el curso atropellado de nuestro pensamiento.

Aún en el albor de su existencia, muy lejos todavía de la madurez de su preclaro talento, Salvador Diaz Mirón es ya legítima gloria de la literatura de su patria, de donde han salido tantos vates de inolvidable memoria; y no aventuramos una paradoja, sino que repetimos una verdad que todos adivinan, al decir que quien al mundo de las letras se presenta provisto de tan considerable bagaje; que quien en tan corto

espacio de tiempo ha fascinado á las multitudes y detenido el vuelo de la envidia, compañera pertinaz de todo el que se desprende del nivel del vulgo, para elevarse muy alto en alas de la virtud ó del genio, y encadenado con poderosa mano á la severa crítica; que quien, como él, ha sabido comprender la verdadera misión de la poesía sobre este valle de miserias, gimiendo con el que gime, cantando con el que canta, alentando la vacilante fe de los débiles, fortaleciendo á los esperanzados en un porvenir más sereno; que quien, como él, sabe hallar el bien entre los pliegues del mal, aire puro entre los fétidos miasmas que del pantano brotan, luz, luz brillantísima arrancada del tupido manto de las tinieblas; que quien, como él, sabe hacer todo esto, y para mayor brillo y lucimiento, ostentar una forma, algo pagana, sí, pero por lo mismo digna de los dioses; en una palabra, que quien, como él, sabe ser grande en sus concepciones y osado y original en la forma, sabe pensar alto y vestir de oro y púrpura sus pensamientos, pertenece á la egregia falange de los pocos que en América han llegado á un grado eminente

en poesía: á los Bellos, Olmedos, Andrades, Heredias, aunque distintos en su peculiar manera de ver y de sentir, grandes, inmortales, cuya fama no sólo rompió los límites de sus respectivas patrias, discurriendo con poderoso eco por todo el mundo de Colón, sino que atravesando los mares, ha ido también á resonar en la culta y vieja Europa.

Salvador Diaz Mirón es grande en todo: en sus altísimas ideas y en su apolínea forma; sus versos son sonoros y vibrantes; parecen el resonante són de una gran campana tocada para que todos los mortales la escuchen; son la voz de un gigante que en medio del Oceano pretendiera acallar el rugido imponente de las olas.

En su *Oda á Victor Hugo*, el poeta se eleva tanto, que es imposible casi seguirle á tanta altura; pero, eso no obstante, le seguimos arrastrados por la fuerza de su genio.

Como esa oda sublime, tiene Diaz Mirón poesías tan bellas, que por sí solas bastarían á hacerle merecedor del título de poeta, de gran poeta. *Consonancias* y *Sursum*, pertenecen á ese número.

Débil tributo de admiración es éste al

insigne bardo veracruzano, cuyas notables producciones analizarán otros que no se sientan poseídos de tan vivo entusiasmo.

Nosotros nos contentamos con inclinarnos ante el génio.

México, Marzo 1º de 1886.

ENRIQUE PEREZ VALENCIA.

SALVADOR DIAZ MIRON.

—
VICTOR HUGO.

¿Qué palabra mejor que la que canta?
 ¿Qué timbres de más prez que los que encierra
 Ese rey triunfador á cuya planta
 Es un mezquino pedestal la tierra?
 ¿Qué fuerza más divina
 Que la de ese Titán que escala el cielo,
 Desafiando al rayo,—que fulmina
 Todo lo que se empina
 Sobre este bajo y miserable suelo:
 Espíritu y volcán, torre y encina?
 ¡El condor gigantesco de los Andes,
 El buitre colosal de orlado cuello,
 No ha batido jamás alas tan grandes,
 Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!
 El poeta es el antro en que la oscura
 Sibila del progreso se revuelve;
 El vaso en que la vida se depura,
 Y, libre de la escoria, se resuelve
 En verdad, en virtud y en hermosura!
 ¡No hay gloria de más claros arreboles

Que la de ser, en la penumbra inmensa,
 Uno de esos crisoles
 En que la luz del alma se condensa,
 Como el fuego del éter en los soles!

* * *

El vidente está allí, noble y sereno:
 Si los hombres lo afligen porque es bueno
 Y en su yerma heredad siembran la ortiga,
 El los consuela, y del terruño ajeno
 Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
 ¡Árbol que el viento del otoño hiere
 En la hoja, en la flor, en el retoño!
 ¡Árbol que al viento del otoño muere
 Y que perfuma el viento del otoño!
 Todo el vapor que del pantano sube,
 Miasmático y sombrío,
 Se cuaja arriba en tormentosa nube,
 ¡Pero desciende en bienhechor rocío!
 ¿Qué importa que el sublime Prometeo,
 Bajo el chispazo que su frente atrae,
 Muerda el polvo en la lid, si, como Anteo,
 Se endereza mayor siempre que cae?
 La ráfaga que zumba
 No ha de apagar la estrella.
 ¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
 ¡La luz de su estro, como nunca bella,
 Brotará por las grietas de su tumba!

* * *

¡Oh soñador excelso!--Yo te he visto
 Tocar el cielo, en el batido estuario,
 Ara de tu ideal!--Tú, como Cristo,
 Completaste el Tabor con el Calvario!
 Misionero de luz propicio al ciego,
 Tu genio, semejante á un meteoro,

Llovió desde el zenit lenguas de fuego
 Y abrió en la inmensidad surcos de oro!
 —No es cierto que tu espíritu esté falto
 De esa unidad espléndida y bruñida
 Que constituye el mérito más alto
 De un libro, de un diamante y de una vida;
 Pero pagaste el natural tributo!
 Primero, el huevo, y en seguida, el ave!
 Es fuerza que la flor preceda al fruto
 Y el hombre empiece donde el niño acaba!
 Roja y azul, la sangre que te anima
 Hizo de tí la aurora que refleja
 La púrpura del sol que se aproxima
 Y el zafir de la noche que se aleja.
 Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
 Puede alzarse sin mancha! Dios te impele.
 Nadie reprocha á la rastrea oruga
 Que se convierta en mariposa y vuele!--
 Envueltos en su túnica inconstitil,
 Tus veinte años de destierro gimen.....
 El crimen te absolvió..... ¡Pero fué inútil!
 ¡Tú no absolviste al crimen!
 Y allí, de pie sobre tu peña sola,
 Nueva Pathmos, ceñida por la ola;
 Allí, vuelto á los réprobos distantes,
 Y en tu lengua de hipérboles y elipsis,
 Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
 Relámpagos de un nuevo Apocalipsis!
 —Y tú no fuiste el único en el duelo,
 En la pena, en el Gólgota, en la injuria.....
 Cuanto era cumbre ó remontaba vuelo
 Sufrió el embate de la misma furia.
 Mas, ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,
 Qué ingente cataclismo
 Decapitó de un golpe la montaña,
 Aventando sus crestas al abismo?
 ¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
 Qué estallido de horno

Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
 Arrojando sus águilas en torno?
 ;Profanado el augusto tabernáculo
 Y erguidos y triunfantes los protervos!
 ;Apagada la zarza en el pináculo
 Y allí agrupados en festín los cuervos!
 ;El pueblo subyugado por la tropa;
 El pueblo audaz que con ardor fecundo,
 Dando su sangre en holocausto á Europa,
 Reivindicó la libertad del mundo!
 ;Radiante y vencedor el culto falso!
 ;La virtud perseguida con encono!
 ;El deber espirando en el cadalso
 Y la infamia sentándose en el trono!
 ;Oscurecido el sol! ;La Francia esclava!
 —¿En dónde estaba Dios, que no veía,
 Puesto que así dejaba
 Prevalecer la noche sobre el día?—

¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
 Es cual la estatua que el egipcio estulto
 Honraba por sonora:
 Tiene el supremo pedestal: el culto,
 Y la suprema inspiración: la aurora!
 Sin rival cuando canta y cuando gime,
 Tu voz reina en el duelo y en la fiesta.
 Tus versos son la música sublime,
 No de una lira, sino de una orquesta!
 No hay nota por tu acento no emitida:
 Tan grande en la inquietud como en la calma,
 Tocas todo el registro de la vida,
 Recorres todo el diapason del alma!
 Siempre con igual éxito, tu númen
 Brota en odas, idilios y elegías;
 Y es que en tí se completan y resúmen
 Píndaro, Anacréonte y Jeremías!

Tu genio no es el bólido infecundo
 Que en vano estalla en el celaje incierto:
 Es la columna que dirige al mundo,
 Camino del Edén, por el desierto!
 El ideal que el porvenir reserva
 Y que hace ahora su primer ensayo,
 Saldría de tu frente, cual Minerva
 Surgió de la cerviz del dios del rayo!
 Angeles que combaten con vestiglos
 Y que alcanzan victoria tras victoria,—
 Tus himnos brillan como el sol!—La historia
 No ha producido en los mayores siglos
 Gloria que pueda superar tu gloria!

.....
 ;Contemplad al coloso!
 Ved cómo lucha y lucha y no desmaya;
 Cómo pisa, radiante y magestuoso,
 El más alto crestón del Himalaya:
 Cómo allí,—puesto en Dios el pensamiento,—
 Revela un nuevo mundo en cada grito.....
 ;Atlas en que se apoya el firmamento!
 ;Atalaya que explora el infinito!

SURSUM.

—
A J. S.

¡Cuán grata es la ilusión á cuyos lampos
 tienen perenne vida los amores,
 inmarcesible juventud los campos
 y embriagadora eternidad las flores!
 ¡Cuán vívido es el frís que colora,
 magia oriental, la suspirada orilla,
 y á cuyo hermoso resplandor de aurora
 radia hasta el fango que despues mancilla!
 La verdad, si engrandece la conciencia,
 devora el corazón, nunca sumiso:
 es el fruto del árbol de la ciencia,
 y siempre hace perder el paraíso.
 Mas aunque el bardo mate la quimera,
 y desvíe y aparte de sus ojos
 el prisma encantador, y por doquiera
 mire sombras y vórtices y abrojos,
 ha de cantar la redentora utopia,
 como otra estatua de Memnón que suena,
 y ser, perdida la esperanza propia,
 el paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
 en vano al ideal, se dobla al peso
 de la roca de Sísifo, y espira
 quemado por la túnica de Neso;
 cuando al par tenebroso y centellante
 imita á Barrabás y adora al Justo,
 y pigmeo con ansias de gigante
 se retuerce en el lecho de Procusto;
 cuando gime entre horribles convulsiones,
 para expiar sus criminales yerros,
 mordido por sus ávidas pasiones,
 como Acteón por sus voraces perros;
 cuando sujeto á su fatal cadena
 arrastra sus desdichas por los lodos,
 y cada cual, en su egoísta pena,
 vuelve la espalda á la aflicción de todos;
 el vate, con palabras de consuelo,
 debe elevar su acento soberano,
 y consagrar, con la canción del cielo,
 no su dolor, sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
 arde sin tregua, como ofrenda clara,
 y consume su pábilo y su cera
 por disipar la lobreguez del ara;
 vaso glorioso en donde Dios resume
 cuanto es amor, y que para alto ejemplo
 gasta y pierde su llama y su perfume
 por incensar en derredor el templo;
 sublime Don Quijote que ambiciona
 caer al fin entre el fragor del rayo,
 toreída y despuntada la tizona
 y abierto y rojo por delante el sayo;
 ave fénix que en fúlgidas empresas
 aviva el fuego de su hoguera dura,
 y muere convirtiéndose en pavesas
 de que renace victoriosa y pura.....
 ¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
 Cantar á Filis por su dulce nombre,

cuando grita el clarín: ¡despierta, hierro!
 ¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armíño
 exceera el polvo por amar la nube,
 y hace sus plumas con la fe de un niño
 y hácia un azul imaginario sube;
 mientras Ofelia, con el pecho herido
 por Hamlet y sus trágicos empeños,
 marcha á las ondas del eterno olvido,
 cogiendo flores y cantando sueños;
 el númen varonil entra en la arena,
 prefiriendo al delirio y al celaje
 la ciudad con sus ruidos de colmena
 y el pueblo con sus furias de oleaje;
 y contempla la tierra purpurada,
 y toma y alza, con piedad sencilla,
 un montón de esa arcilla ensangrentada.....
 y ese montón de ensangrentada arcilla
 adquiere vida entre su mano estoica,
 vida inmortal y fulgurantes alas,
 y en él respira una belleza heroica,
 como en la estatua de la antigua Pálas!

Guardar silencio y poseer la trompa,
 la recia trompa á cuya voz no exigua
 vendría á tierra, con su estéril pompa,
 el muro hostil de la ciudad antigua;
 ser un Aquiles que á la lid prefiera
 recordar á Briseida en el retiro,
 aunque Patroclo batallando muera.....
 ¡Eso es mentir á Dios! Pero qué miro!
 Cual la crín de un raudal que de alto arranca,
 tus cabellos se agitan.....¡Oh maestro!
 ¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
 cual si quisieras arrojar el estro?
 ¿Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
 y no repeles, cuando Aténas grita,
 esa montaña de calumnia y odio
 que sobre tu hombro de titán gravita?

Tu Etna será para tu fuerza flojo;
 confía en tí y á tu misión no faltes,
 que al hado cruel que lapidó tu arrojo
 irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Rompe en un himno que parezca un trueno!
 El mal impera de la choza al solio;
 todo es dolor ó iniquidad ó cieno:
 pueblo, tropa, senado y capitolio.
 ¡Canta la historia al porvenir que asoma,
 como Suetonio y Tácito la escriben!
 ¡Cántala así, mientras en esta Roma
 Tiberios reinen y Seyanos priven!
 ¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
 mueve de un grito el desusado gonce;
 y como á chorros de fusión ardiente,
 vierte en los mimbres el vigor del bronce!
 ¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
 la fe que anima y el valor que salva,
 y que á tu acento nuestras almas sean
 como tinieblas que atraviesa el alba!
 Para el poeta de divina lengua
 nada es estéril, ni la misma escoria.
 Si cuanto bulle en derredor es mengua,
 sobre la mengua esparcirás la gloria!

Diciembre 1º de 1884.

A GLORÍA.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO.

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira el suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo!

Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario oscuro!
Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crispa,
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas.
"El ave canta aunque la rama cruja:
Como que sabe lo que son sus alas!"

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro;
La sombra que hace resaltar la estrella!

¡Alumbrar es arder!—¡Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan..... ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
 Crece en la orilla que el olaje azota.
 El mérito es el naufrago del alma:
 Vivo, se hunde; pero muerto, flota!

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
 Consuela el corazón del que te ama!
 Dios dijo al agua del torrente: bulle!
 Y al lirio de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer!—Hemos venido
 A este valle de lágrimas que abate,
 Tú, como la paloma, para el nido,
 Y yo, como el león, para el combate!

A BERTA.

* * *

Ya que eres grata como el cariño,
 Ya que eres bella como el querub,
 Ya que eres blanca como el armiño,
 Sé siempre ingenua, sé siempre tú!
 El torpe engaño que el vicio fragua
 Nunca se aviene con la virtud.
 Sé trasparente como es el agua,
 Como es el aire, como es la luz!
 Que tu palabra—dulce armonía
 Que tu alma exhala como un laúd,
 Como una alondra que anuncia el día,
 Presa en la sombra que flota aún,—
 Sea un arroyo sereno y puro
 Do, al inclinarme como un saúz,
 Mire las guijas del fondo oscuro
 Y las estrellas del cielo azul!